

Repensar el proyecto antropológico: Unidad y diversidad de la humanidad*

María Daraki

Es hoy, con el resurgir de los prejuicios racistas —y frente al renacer de un racismo inteligente—, cuando parece más necesario reflexionar sobre la *diversidad antropológica*. La demostración de la igualdad mental de los hombres será más concluyente si se verifica, no a *pesar de*, sino *sobre la base* de esa diversidad antropológica.

¿Quién ha clasificado el asunto «Lévy-Bruhl»?

La actitud hoy predominante es acentuar algunas invariables, con peligro de silenciar la diversidad antropológica, cual si se tratase de un hecho comprometedor. Urge, pues, plantear correctamente la cuestión, comenzando por una *désinteresada* descripción de los hechos (sociedades y pensamientos diferentes entre sí, sistemas de pensamiento mágico-religioso cuyas modalidades son distintas de las del pensamiento lógico-matemático, retrasos tecnológicos de no pocas sociedades, etc.).

Científicamente ineficaz, la defensa de la igualdad de los hombres proclamando, contra toda evidencia, su homogeneidad, es además moralmente discutible. Estipular que los pueblos de la tierra son *nuestros* iguales «por pensar ellos igual que nosotros», ¿no es como pretender convencerles de que para «merecer» la igualdad han de «occidentalizarse»? Ahora bien, ¿qué derecho tenemos a ello, como occidentales, y qué interés, como hombres? ¿No serían tales proclamas de homogeneidad mental de los pueblos la más sofisticada expresión de un imperialismo intelectual que no se reconoce como tal?

¿Primitivos o civilizados?

Fue L. Lévy-Bruhl quien introdujo en el campo de las ciencias humanas un dato nuevo. En numerosas sociedades eran sus características mentales totalmente diversas a las vigentes en el mundo occidental. La inteligencia humana no parece

* Sin depender de él, este estudio es continuación del artículo anterior: «Salir del estructuralismo».

funcionar siempre ni en todas partes según las mismas leyes. Las de la «mentalidad primitiva» y, sobre todo, del «alma primitiva» no son las mismas que las de la lógica occidental, sin por eso ser ni menos leyes ni menos lógicas (hay que hacer justicia al fundador de la antropología francesa, acusado por quienes ya no leen en su obra el haber señalado la «confusión» como principal rasgo del pensamiento «primitivo»). Extraños a las categorías occidentales, ni la auto-comprensión ni el modo de razonar de los «primitivos» dejan por eso de ser humanos y de definir un cierto modelo de identidad o de causalidad. El hombre se percibe a sí mismo según las relaciones que abren su identidad al grupo, a los muertos, a los reinos animal y vegetal, incluso a los objetos inanimados y la prolongan en unas *pertenencias* constitutivas de tal identidad. Tal modelo de autopercepción no es ninguna «ilusión», ni una falsa representación de sí mismos. Más amplia que la nuestra, la identidad de los primitivos engloba sus pertenencias: «En su espíritu, la *participación*... no es secundaria, sino original... Se puede incluso decir que, comparada con la suya, nuestra individualidad parece haber experimentado una 'reducción' o un como retroceso». Cierzo que la identidad por participación comporta aspectos «horribles»... Pero ello no hace más que completar la lógica del sistema que viene a coronar la *causalidad inmediata*. Indiferente a la distinción a la vez lógica y temporal que, en la nuestra, establece una distancia entre la causa y el efecto, la causalidad inmediata los superpone: ve la causa *en* el efecto. Más que ir, como en la lógica occidental, de la causa al efecto, aquí el itinerario es a la inversa. Los *acontecimientos* son efectos manifestativos de sus causas intemporales. Sin preocuparse de «explicar», la causalidad inmediata «legítima» su imagen del mundo, sin concesiones al azar.

La difícil acogida de la diferencia

Objetivamente, la descripción de Lévy-Bruhl era el final del monopolio occidental de la lógica. Aceptarlo y comprenderlo *tal cual* exigía una real «apertura a la diferencia», por más que tal exigencia no fuese de inmediata aplicación, dada la tan larga tradición «europeo-centralista». Se empezó, con una buena fe, «familiarizándose» con la lógica de participación y descubriendo en ella los rasgos que, en una aproximación a la nuestra, permitieran asimilar mejor sus datos. La «participación» no es «confusión», sino «percepción clasificatoria»; y la identidad por pertenencias remite a una «identificación gradual» (Mus). Una «parcial identificación» entre los primitivos y nosotros no se diferencia más que «aparentemente» (Meyerson). «La participación... supone un esfuerzo para confundir y otro esfuerzo para asemejarse... No es simple semejanza, sino *omóiosis*... Una violencia del espíritu sobre sí propio para trascenderse» (Mauss).

La dificultad en acoger la diferencia *tal cual* fue aún más radical. Prestigiosos sabios de hoy no ven en la ley de participación *más que* «confusión». Y, convencidos de que la lógica humana comienza y termina en el *concepto*,

consideran el nuevo dato como inaceptable (Durkheim).

En resumen, la igualdad mental de los hombres no puede basarse más que en el uso universal del pensamiento conceptual que, por una extraña inversión de las cosas, se erige como modelo en cuyo nombre —y contra el generoso principio en que quería basarse el principio— se rechaza el derecho a su existencia a todo otro modelo de lógica. El principio *fixista* seguiría dominando, para muchos, la visión de lo humano, y de él brotaría todo lo demás.

De Durkheim a Lévy-Strauss

La tesis de Durkheim, frente a Lévy-Bruhl, encontrarían un prestigioso continuador en Lévy-Strauss. Y en todos los niveles. La antropología estructural que con él se inaugura llegará a ejercer enorme poder por su intención y por sus innovaciones metodológicas. El éxito de tal antropología estaba atestiguando una necesidad de fondo: la de una epistemología científica, independiente del pensamiento especulativo y de los presupuestos filosóficos, que borrara la distinción entre ciencias humanas y ciencias exactas.

Los «Mitológicos»

En el primer volumen de los *Mitológicos*, comienza Lévy-Strauss definiendo su proyecto y su método: «el análisis mítico no pretende mostrar cómo piensan los hombres». Tal análisis «prescindirá de todo sujeto para considerar cómo los mitos se piensan *entre sí*». El objetivo global es, pues, contribuir a un «*mejor conocimiento*» del «*pensamiento objetivado*» y de sus mecanismos, para llegar hasta el nivel «donde el espíritu humano, sin preocuparse de la identidad de sus eventuales mensajeros manifiesta una estructura».

En la antropología estructural domina la idea de un espíritu intemporal a modo de *principio previo* que, si revela y resume la intención del autor, inserta concretamente la obra en la tradición filosófica occidental, que sistemáticamente ha dado lugar a las visiones del hombre intemporal y a la concepción cristiana del hombre: una teoría del conocimiento, pues, *realista* y fundada en una armonía preestablecida entre la lógica humana intemporal y la concepción cristiana del hombre: una teoría de conocimiento, pues, *realista* y fundada en una armonía preestablecida entre la lógica humana y la del mundo. No se olvide que para Lévy Strauss se da una adecuación entre las leyes de la naturaleza y las del espíritu humano («el hombre y el mundo son el uno espejo del otro»). Ni se olvide que los «mitos significan el espíritu que los elabora en medio de un mundo del que él forma parte». Si la inteligencia ha sido estructurada con miras a una adecuada lectura del mundo, no puede ser histórica: el orden del mundo es intemporal. Y recuérdese que, según la lógica antropológico-estructural, sólo existe un campo desde el que poder afirmar que se da efectivamente armonía entre las leyes objetivas de la naturaleza y las de la inteligencia humana: el *ideal* epistemológico de las ciencias exactas...

Un presupuesto

La antropología estructural despoja al pensamiento inculto de su función simbólica, lo cual le permite suponer una armonía preestablecida entre los mecanismos básicos de tal pensamiento y del mundo *objetivo*. Lévy-Strauss está presuponiendo que, si a través de lo simbólico, se llega hasta los mecanismos de base, se descubriría en ellos el nivel de las operaciones lógicas ya construidas y de la misma manera que las declaradas operatorias en la ciencia experimental contemporánea. Ahí estaría la más radical confirmación de la intemporalidad del espíritu humano, *afirmada ya en los comienzos del análisis...* Pero se olvidan o se subestiman hechos que mostrarían otra tesis muy distinta...

Sólo hay un sector en el que *parecen* coincidir las leyes de la inteligencia humana con las de la naturaleza: el de la alta tecnología... Nos encontraríamos aquí con un hecho importante, que en la ciencia contemporánea da lugar a una *intersección* o cruce entre las ciencias de la naturaleza y las del hombre. Fronteriza entre esos dos campos, la lógica aparece hoy en pleno cambio... Pero también ahora el cambio, analizado en profundidad, acusa unas diferencias irreductibles en uno y otro caso.

Una doble reducción

El método de la antropología estructural establece la intemporalidad del espíritu humano por reducción del nuestro a las solas operaciones formales y por reducción, igualmente, del pensamiento inculto a esas mismas operaciones formales que se suponen en él contenidas de antemano bajo la corteza de los símbolos. La universal arquitectura del espíritu se fija, pues, a costa de un doble sacrificio que empobrece tanto a nuestro pensamiento como al «pensamiento inculto»... Despojando al pensamiento mítico de su función simbólica, se le destruye *su* naturaleza...

La aventura griega

No ignora Lévy-Strauss que los productos mentales son históricos y que hasta son posibles sucesivos «estados de pensamiento» contenidos los unos en los otros, como la «planta» *en el* «grano». Pero tal devenir o actualización no se realizan espontáneamente, y sólo han tenido lugar «una vez en la historia de la humanidad y en un solo lugar»: Grecia... El fenómeno señala una ruptura de continuidad en esa línea que permitiera encontrar las leyes del pensamiento inculto en el pensamiento científico moderno... Es decir, que, como la antropología estructural no puede aquí partir de su principio previo ni puede tampoco negar el hecho, reduce el caso de la experiencia griega a su «unicidad», con carácter de irrepetible en otros «tiempos y lugares». Pero ahí está el hecho como prueba de la desigualdad mental de los pueblos.

Ni «pueblos-máquinas» ni «pueblos-niños»

En *La experiencia humana y la casualidad física* presenta Brunshvicg, como tercera vía, una lectura conceptual de los hechos descritos por Lévy-Bruhl, quien ve en ellos, no una ausencia, sino unas formas particulares de casualidad y de lógica, ni menos «integrales» ni menos «infalibles» que las nuestras. Y son bastantes más los sabios que se mueven en esta línea...

Sin embargo, aunque lúcida en el punto de partida y en la valorización de lo histórico, esta familia de pensadores no supo evitar su deslizamiento por la resbaladiza pendiente del historicismo, al utilizar los «criterios históricos» como «criterios lógicos»... En *Las edades de la inteligencia* el mismo Brunshvicg presenta la ontogénesis como el modelo explicativo de la filogénesis... Los primitivos eran *otros* en cuanto representaban una edad mental *anterior*: «la mentalidad primitiva» sería la de los «niños» (Wallon). La misma lógica de Aristóteles correspondería, según Brunshvicg, a una edad mental de ocho o nueve años...

Pero, con Piaget (como psicólogo, no cuando habla fuera de su campo), sostenemos que, *mutatis mutandis*, las leyes del proceso mental se revelan operatorias en el devenir de la antropología histórica. Y aceptamos su sugerencia: hay que adherirse a la obra de Lévy-Bruhl y promoverla más de lo que se ha hecho..., aprendiendo las lecciones de este gran predecesor.

La noción de sistema en antropología

No es que la tesis de Lévy-Bruhl quede al amparo de toda crítica. Su formación filosófica le llevó a sintetizar el saber de su tiempo mediante un método que era usual en su época. Claro es que sus contradictores menos hubieran reconocido las leyes que hacen del pensamiento de *participación* una lógica distinta, pero lógica siempre, de haber presentado sus elementos y su articulación coherente dentro de un mismo universo mental, *sistematizando* el pensamiento de un grupo determinado dentro de una igualmente concreta sociedad..

La diversidad antropológica

El «alma primitiva» no posee ya como privilegio exclusivo la «alteridad». Las investigaciones etnológicas atestiguan unánimemente la existencia, en el seno de la humanidad actual, de pensamientos entre sí distintos. A tales testimonios se unen los de la psicología histórica, que han puesto de relieve los diversos modelos de pensamiento dentro de la tradición occidental.

Contra tal evidencia no caben hoy ya más resistencias que las del «incons-

ciente cognitivo», que no significarían sino una inconsciente protesta contra el final del monopolio occidental de la «lógica»... Piénsese más bien: si las gentes de buena voluntad defienden la igualdad y homogeneidad de los hombres y si los segregacionistas, por su parte, argumentan en favor de la diversidad antropológica, en el fondo es porque una y otra actitud están presuponiendo una concepción *esencial* de la inteligencia. Tanto los que la silencian como los que creen poder «probarla», piensan que la diversidad mental está remitiendo a una diversidad de *esencia*. La cuestión seguiría, pues, sin haberse formulado...

Hoy se puede calificar de decadente la concepción *esencial* de la inteligencia. Lo cual representa en la historia del método una verdadera *liberación*. Con lo que se hace finalmente posible mantener la diversidad antropológica, que implicaría diversidad, no de «naturaleza», sino de *productos*...

La inteligencia motivada

Las adquisiciones de la psicología histórica juegan aquí un importante papel, merced a Febvre en quien vienen como a fusionarse la psicología histórica y la historia de las mentalidades. A Febvre, Meyerson, Vernant, Dupont y Mandrou, en Francia, se unirán Barbu y Van den Berg, así como algunos psicoanalistas abiertos a los hechos sociales y algunos antropólogos *culturales*, como Fromm, Horney y Mead, preocupados también por insertar al sujeto psicológico en un ámbito socio-cultural particular. Lo que, a través de tan múltiples expresiones, no deja de aparecer como una constante es que el conjunto de tales investigaciones contribuye a relativizar los universos mentales y a mostrar que, en todos los casos, son solidarios de un contexto socio-cultural determinado.

El estudio de la diversidad antropológica no puede olvidar el principio de la relación circular entre lo mental y lo social, única posible explicación exhaustiva del proceso de autoconstrucción. El poder afirmar que la construcción de los cuadros mentales compromete las iniciativas humanas se debe a que la inteligencia no es sino el resultado de la adaptación a un ambiente marcado ya por su misma intervención.

Sabiendo que la psicología histórica ha dado a veces en el psicologismo, demorándose más en el estudio de los efectos que en el de los hechos cognoscitivos —los «primitivos» estarían más del lado del afecto, *nosotros* más del lado del concepto—, decimos que ha de prestarse igual atención a unos y a otros y sin oponerlos entre sí.

El régimen general de la inteligencia se mide por la fusión entre el concepto y la intención, ya que los hombres perciben y analizan el mundo guiados por sus intenciones... No se podría, pues, comprender el proceso de autoconstrucción más que desde la noción de *inteligencia motivada*: una inteligencia cuya dinámica coordina sin cesar los polos de lo afectivo y lo cognitivo. Forma de adaptación a un ambiente que ella misma configura según sus necesidades, la

inteligencia es a la vez orientadora en el punto de partida y beneficiaria en el de llegada. Experimentándose a sí misma en sus resultados, la *inteligencia motivada* elabora con ellos los materiales con que construye el conocimiento de sí misma y del mundo...

Rica y variada, la geografía mental —que hasta hoy no podemos más que entrever— nos hace comprender que, con un idéntico potencial originario, los hombres son capaces de escoger caminos diversos... Sin tener que negar el principio de autoconstrucción de la inteligencia, se puede cuestionar el «porcentaje de iniciativa», «elevado» en tal o cual camino, «débil» en tal o cual otro, cristalizando, bien a través de las ciencias y las técnicas, bien a través de las prácticas mágico-religiosas...

Lo variable es, más que los procedimientos, el modelo de inteligencia según las necesidades de cada sistema. Existen sociedades que *humanizan* la naturaleza mediante la simbolización más que con la técnica, sin por eso ser la naturaleza menos asimilable por el hombre. Los hechos atestiguan, sin embargo, cómo los sistemas que humanizan el mundo por medios esencialmente mentales son más duraderos que los de las construcciones materiales...

Relativizando los modelos, se descubre cómo hay en nuestro planeta más inteligencia de la que se ha podido suponer... Los resultados iniciales de estudios parciales no dejan ya de hacer reflexionar.

La mestiza Grecia

La experiencia griega —atribuida al «genio helénico»— será frecuentemente invocada como testimonio contra la igualdad mental de los pueblos. Pero es algo muy distinto lo que, de hecho, atestigua Grecia. Fue ella el escenario del tránsito de un modo a otro de pensamiento. Pero el problema se plantea sobre las relaciones entre uno y otro. El planteamiento es ya más adecuado que en época de Lévy-Bruhl, dado que su localización concreta ofrece a la observación una continuidad espacial y temporal.

La convencionalmente denominada «razón griega» tiene como rasgo esencial el uso de las disyuntivas: *sí o no*; es la lógica de la no-contradicción, teorizada por Aristóteles. Como toda forma de inteligencia, el *logos* es un modo de adaptación a un concreto ambiente: el de una sociedad a unas prácticas primeramente contractuales, después jurídicas y finalmente políticas, que imponen, en todo caso, la necesidad de una decisión: optar por el *sí* o el *no* es el método funcional por excelencia.

Ahora bien, si Grecia se hubiese mantenido exclusivamente en su originario modelo lógico, se hubiera convertido en un execrable universo maniqueo. La «razón» del *sí o no*, solidaria con el voto de la Asamblea o del tribunal, no aparece en estado puro más que en las expresiones, tristemente célebres, del segregacionismo griego. Puro y sin mezclas, el primer «pensamiento racional» no hubiera sido capaz de nada más. Si se orientó de otra manera, fue merced a la

fusión de dos modelos lógicos... Esa fue su mejor creación: no la «razón», sino la razón dialéctica... Una buena meditación a propósito de una cultura de la que nosotros, occidentales, hemos hecho el ascendiente de la nuestra: la belleza helénica es ante todo una belleza mestiza.

¿No hemos descuidado demasiado el estudio de la diversidad antropológica? Basta observar los hechos para ver cómo van incansablemente repitiendo la «lección griega». ¿Existen pueblos sin historia? Lo únicamente cierto es que existen pueblos sin archivos..., que no es lo mismo.

Y en la hipótesis de sociedades con más *duración* que cambios, ¿por qué su perduración? Seguramente, la respuesta tiene de positivo más de lo que piensan algunos, tanto desde la *identidad individual* como *colectiva*... Una vez más proclamaríamos íntimamente combinados «afecto» y «concepto» en el seno de una inteligencia *motivada*, sea cual fuere el sujeto: «occidental» o «tribal».

Se podría, eso sí, distinguir entre unas y otras *motivaciones*, que no dejaría de ser una cuestión fundamental. La única estratificación posible no se pronunciaría ni por el «afecto», ni por el «concepto», ni por el pensamiento mágico-religioso, ni por el lógico-matemático. Se pronunciaría solamente entre dos actitudes frente al mundo: la que para su aceptación, necesita ante todo simbolizarlo y la que sólo lo acepta para transformarlo. La inteligencia dejará o no sus huellas tangibles en el mundo de la naturaleza según se oriente por una u otra necesidad. Dada la extensa convicción de que la inteligencia se mide por sus productos tangibles y funcionales, fácilmente se llega a pensar que el índice mental más elevado es el que se traduce por lo tangible y funcional... Es como prestar más atención a los objetos que a ella misma. Ciertamente, tales objetos representan valores fundamentales de nuestra civilización materialista, pero sin probar demasiado en lo referente al índice mental.

No pueden oponerse, pues *simbolización y transformación*. Pueden darse elevados índices de iniciativa en una y otra dirección. Incluso para la *supervivencia* de la especie humana tan necesaria es la producción espiritual como la material. Y, en todo caso, la inteligencia motivada sólo es rentable en la dirección hacia su fin específico... Por otra parte, que el pensamiento lógico-matemático represente a una facultad abstractiva que procede de abstracción en abstracción, no justifica el afirmar que tales pensamientos abstractos sean necesariamente exactos, ya que caben ideas abstractas falsas, que hasta han provocado enormes estragos...

En un análisis comparativo entre sociedades científicas o no científicas encontraríamos, incluso, resultados logrados en las segundas que no siempre sabrían explicar las primeras...

Los demás pensamientos: latentes posibilidades del nuestro

Nuestro esquema no es evolucionista. Las distintas formas de inteligencia son sistemas acabados —y en tal sentido todos adultos— que jamás sobrepasan

lo que no deben para sobrevivir. Lo que sucede es que unas radicales reestructuraciones socio-culturales dan lugar a nuevas construcciones psicológicas. Pero el estudio de tales casos revela que el edificio mental pierde por la base lo que gana por el vértice; y que los «estratos» nuevos pesan y se hunden en los subsuelos de lo inactual de otros estratos que no habría por qué considerar como «inferiores»... Lo que puede decirse es que, en un momento determinado, resultan incompatibles con las necesidades de una organización socio-cultural nueva. Evocando una vez más el ejemplo de Grecia, su verdadero éxito intelectual no consistió en la oposición a nuevas facultades sino en su acertada conjugación con las antiguas.

Los diferentes caminos favorecen procesos mentales complementarios, sean paralelos o superpuestos. Jerarquizar, aquí, las soluciones sería como jerarquizar unas regiones geográficas. Toda forma de inteligencia actualiza tal o cual región de un patrimonio común; y es la yuxtaposición de tales regiones la que nos permite explotar mejor su extensión. Por feliz que sea, no hay *opción* que sea privativa. El único recurso es descubrir, mediante el estudio de otros pensamientos, las posibilidades latentes del nuestro, y viceversa. No se trata de transformar la antropología comparada en pura y simple requisitoria contra nuestra civilización en crisis. Digamos simplemente que *simbolizar* la naturaleza es «más» que *transformarla*. La mejor solución consistiría en transformar la naturaleza, respetándola lo mismo que cuando se la está simbolizando... La conciencia individual es una forma de liberación; pero más afortunado será el «individuo» que no enjuicie la condición humana sólo sobre la fe de su destino particular. Adecuadamente interpretada, su solidaridad con la especie se convertiría en fuente inagotable de optimismo, y llegaría a hacer más soportable ese mismo destino particular...

Título original: *Repenser le projet anthropologique. Unité et diversité de l'humanité.*

Publicado en: *Esprit*, 9^o Septiembre 1984, 49-71. Rev. mensual. 19, rue Jacob, 76005 París (Francia).

Resumió: MACARIO DIEZ PRESA.